

LA REBELION PROTESTANTE

POR primera vez en estos cinco años conflictivos, no es el IRA ni la comunidad católica quien causa problemas graves en Irlanda del Norte; los atentados terroristas en la República de Irlanda —28 muertos y 250 heridos por la explosión de tres coches-bomba— y las huelgas del Ulster indican que la rebelión protestante ha comenzado, y que a partir de hoy serán los «lealistas» a la Corona británica los que quiten el sueño a Harold Wilson y a William Faulker, el «premier» del semiautónomo Gobierno de coalición del Ulster.

Para quienes ven en la situación nortirlandesa un claro paralelo con la Argelia preindependiente no hay sorpresa por las barricadas protestantes, por su enfrentamiento, todavía esporádico, pero que se advierte habitual, con el Ejército británico, por sus críticas, duras, violentas, contra Inglaterra, país del que, según propia expresión, son parte integrante irrenunciable. Es el surgimiento de una nueva OAS;

es, simplemente, la reacción de un millón de «pied-noirs», que se han sentido de repente traicionados y abandonados por quienes se suponían sus principales aliados, los más fuertes sostenedores de su causa.

Pero los paralelismos nunca son absolutos, y el conflicto irlandés posee una serie de rasgos propios que desbordan el escenario colonial típico, y ponen una nota de confusión y asombro en las situaciones más previsibles. Si los «lealistas» han sido traicionados y abandonados por Londres, ¿por qué dirigen sus golpes más espectaculares contra Dublín?; si ha sido la burguesía protestante la que ha «pactado» con la burguesía católica, en prejuicio del proletariado «lealista», ¿por qué los asesinatos de trabajadores católicos?; y, sobre todo, ¿qué solución proyecta Londres para ese millón de «pied-noirs» que, al contrario de las situaciones coloniales clásicas, son mayoría en el Ulster? La extraña fidelidad a la Reina de los sectores

obreros protestantes, sus contradictorios objetivos militares, su espontánea y violenta rebelión, muestran claramente la desorientación e inexperience en que se mueven partidos políticos y grupos paramilitares arrancados, en breve espacio de tiempo, de la confortabilidad propia de quien se siente mayoría dominante.

Inglaterra lanza su «plan de paz»

La «historia» del activismo protestante tiene apenas dos años de antigüedad en un país donde los católicos llevan sesenta años de guerrilla urbana y rural —a través del IRA— y siglos de reivindicaciones. Hasta 1972, cuatro años después de iniciada la revuelta católica, ningún protestante se inquietó por la suerte de su comunidad. Muy superiores en número a la minoría católica —un millón de protestantes por medio millón de católicos, aproximadamente—, con un Gobierno monocolor pro-

testante y con la policía enteramente de su lado, nada amenazaba los privilegios disfrutados desde hacía cincuenta años, desde la partición de la Isla.

Pero en los primeros meses del 72 las cosas empezaron a cambiar para los protestantes. En marzo, Inglaterra decide la abolición del Stormont, el Parlamento autónomo del Ulster, y la provincia pasa a ser gobernada directamente por Londres. Es el primer paso de un ambicioso «plan de paz» británico que pretende acallar el descontento católico con medidas reformistas y aislar al IRA de las masas que lo apoyan; la supresión de los signos externos de dominio protestante —el Gobierno y el Parlamento del Ulster— es imprescindible para iniciar la nueva etapa de concordia interconfesional. Para la comunidad protestante, la abolición del Stormont es el preámbulo de la postura abandonista de Londres; es la hora de la actuación directa.

La reacción protestante frente a la política inglesa, que sostiene el

Un grupo de mujeres sentadas en el suelo interrumpen la circulación en una calle de Belfast mientras soldados británicos interrogan a otra mujer durante la huelga general.





La basura se amontona en las calles de la capital a consecuencia de la huelga.

líder del Partido Unionista, Brian Faulkner, va a expresarse a dos niveles: político y militar. En el primero, comienzan a cobrar fuerza y a ampliar su base los partidos de oposición llamados «lealistas», escindidos del Partido Unionista y dirigidos por políticos pequeño-burgueses oportunistas como el reverendo Ian Paisley. En el nivel militar o paramilitar, aparecen multitud de organizaciones armadas y semiclandestinas, de composición eminentemente popular, que agrupan a una parte de la clase trabajadora protestante.

Desde el nacimiento del Ulster en 1921, los trabajadores protestantes han sido utilizados por el «establishment», a través de la Orden de Orange, para reprimir todo intento de rebeldía entre la minoría católica. A cambio de ello gozaban de unos pequeños privilegios —mayor índice de empleo, menos despidos, facilidades de vivienda, acceso a los puestos de la Administración pública— que los separaba de la otra fracción de la clase obrera y los hacía sentirse miembros del grupo dominante. Pero son precisamente estos privilegios, no los de la burguesía, los que se ven amenazados por el plan reformista británico y, por tanto, mueven a la acción a unas masas populares que, por otra parte, han sido mentalizadas durante cincuenta años en el sentido de que no se debía ceder un palmo ante las reivindicaciones católicas, sino que había que responderlas con mano dura.

La época de los asesinatos sectarios

El primer grupo armado que se manifiesta públicamente, la ULSTER DEFENCE ASSOCIATION (UDA), aparece en las calles de Belfast en mayo del 72, dos meses después de la desaparición del Stormont. El desfile de los voluntarios del UDA —que afirma contar con más de 50.000 miembros—, uniformados y encapuchados, por el centro de la ciudad, produce un auténtico «shock» entre los católicos, sorpresa en el Gobierno británico y un suspiro de alivio en la comunidad protestante, que ve en la nueva organización la merecida res-

puesta al IRA. Pronto comenzarán a actuar nuevos grupos —UVF, RED HAND, FREEDOM FIGHTERS— capaces de acometer operaciones cada vez más audaces.

El primer objetivo de todos ellos es, naturalmente, el IRA, al que consideran culpable de toda la situación conflictiva que ha turbado la paz en la provincia. Pero el IRA, encuadrado en disciplinados comandos clandestinos, es casi intocable, y los «golpes» protestantes los reciben a cambio civiles católicos no implicados directamente en la lucha; hombres, mujeres y niños incluso, a los que se ve como responsables subsidiarios de las acciones del IRA. Es la época de los asesinatos sectarios —1972, 1973—, la más sangrienta de cuantas había conocido el Ulster, que ya en agosto del 73 arrojaba un balance de 156 víctimas.

La unánime condena de la prensa y de los círculos políticos nacionales e internacionales a tal línea de acción, influye sin duda poderosamente en la evolución que van a sufrir los grupos paramilitares. El espíritu puramente revanchista de los primeros momentos y el espontaneísmo de los golpes iniciales van a dejar paso a una «toma de conciencia» por parte de algunos grupos, que les dará una rudimentaria ideología y los convertirá de «simples bandas de asesinos» en «militantes de una causa histórica». A este respecto es muy significativo el manifiesto que en junio del 73 entrega a la prensa un grupo, que decide mantenerse en el anonimato, que algunos asocian con los FREEDOM FIGHTERS: «... Somos una raza híbrida descendiente de hombres que colonizaron Escocia desde Irlanda en el siglo V y de aquellos que colonizaron Irlanda desde Escocia en el XVI. Nuestra existencia no fue fácil en Escocia, pero resultó maravillosa en comparación con nuestra vida en Irlanda. Durante cuatrocientos años no hemos conocido más que sublevaciones, asesinatos, destrucción y represión. Hemos acudido numerosas veces en auxilio de la Corona Británica sólo para ser traicionados cada veinte años por los sucesivos Gobiernos de esa Corona. Lo que está pasando ahora se corresponde con acon-

tecimientos similares en los siglos XVII, XVIII, XIX... Tradicionalmente, los políticos ingleses nos han ignorado —nosotros llamamos a eso traición—; los católicos han intentado aplastarnos y nos hemos visto así cogidos entre dos fuegos. Somos ingleses de segunda clase e irlandeses de media casta... Hemos sido traicionados y calumniados y nuestras familias viven en constantes temor y miseria. Somos un estorbo para los que se dicen nuestros aliados y no tenemos amigos en ninguna parte. Una vez más, en la historia de nuestro pueblo estamos entre la espada y la pared, amenazados de aniquilamiento por uno u otro camino. Ha llegado el momento en que los hombres del Ulster deben luchar sin piedad hasta que ellos o sus enemigos estén muertos...».

La búsqueda del verdadero enemigo

Pero de nuevo las maniobras británicas en pos de la anclada estabilidad política iban a repercutir fuertemente en la comunidad protestante. Tras la disolución del Stormont, comienzan las gestiones para la formación de un nuevo Parlamento con importante representación católica y de un Gobierno de coalición católico-protestante que simbolizara el fin de la segregación hacia la confesión minoritaria. El 22 de noviembre del 73, este Gabinete interconfesional, presidido por Brian Faulkner, es una realidad.

Ahora bien, la alianza del protestante Partido Unionista con el católico SDLP —representante de la pequeña burguesía católica— lleva al proletariado protestante al replanteamiento de sus posturas, a la búsqueda del «verdadero enemigo». Y mientras el bloque «lealista» acentúa su oposición intransigente al nuevo Gobierno, entre los grupos armados comienzan a manejarse términos económicos y sociales —«burguesía-proletariado», «capitalismo-socialismo»— que vienen a mezclarse al vocabulario fanatizado de los primeros tiempos.

Esta «etapa de reflexión» desemboca en los contactos, a principios

de este mismo año, entre grupos protestante —el UVF, principalmente— y representantes de ambos IRA —«Oficiales» y «Provisionales». El encuentro de estos dos enemigos irreconciliables —impensable hace tan sólo un año— puede revestir gran trascendencia para el futuro del conflicto irlandés; de estas conversaciones puede salir una alianza de la clase obrera que se enfrente a la coalición de ambas burguesías en el poder. A este respecto hay ya un dato significativo: en las elecciones locales del pasado mes de diciembre, la población de Magherafelt debía elegir entre un candidato gubernamental y un católico de la rama política del IRA «Oficial», y, por primera vez, los votos de los trabajadores protestantes dieron la victoria al católico; prefirieron votar de acuerdo con su clase social y no de acuerdo con su religión, como lo habían hecho hasta entonces.

Pero, a pesar de todo, no hay mucho margen para el optimismo. La filiación ideológica de los once «lealistas» elegidos para representar al Ulster en el Parlamento de Londres en las últimas elecciones generales, se aproxima más a la intransigencia fascista que al carácter popular que su demagogia quiere mostrar, y que cabría esperar de la base proletaria de sus electores; los recientes atentados en Dublín de los que hablábamos al principio, indican, por otra parte, que la época de los asesinatos sectarios no ha terminado para todos los grupos armados protestantes.

Su cólera ante los Acuerdos de Sunningdale —que establecían, en su parte principal, la creación de un Consejo de Irlanda que allanara el camino de la futura reunificación— viene motivada por el «horror» protestante a una «Irlanda unida», en la que serían franca minoría y que les ataría al carro de un país subdesarrollado económicamente —donde —a su juicio— la influencia de la Iglesia católica anularía el «protestant way of life». Contra esta posibilidad de reunificación ha estado dirigida la gran huelga de la última semana. Por eso los ataques a Dublín —cuya única culpa ha sido aceptar la participación en el Consejo de Irlanda ofrecida por Gran Bretaña—, y las amenazas de «independencia unilateral» que lanzaba el UDA hace pocos días.

En 1912, Inglaterra decidió dar el «home rule», autonomía, a toda la Isla. Se hubiera evitado así una guerra de independencia, una guerra civil, medio siglo de guerrillas y los acontecimientos de los últimos cinco años. Pero los protestantes reunieron en pocos días 475.000 firmas —prácticamente toda la población protestante— de oposición al «home rule» y Gran Bretaña «aplazó» su decisión. La gran huelga de la pasada semana ha obligado a Inglaterra a «aplazar» el Consejo de Irlanda. ¿Qué nefastas consecuencias le esperan esta vez al Ulster? ■ MARIA LUISA SANCHEZ y LUIS REYES.